

Mario Margulis: una biografía intelectual

Emilio Cafassi¹, Sofia Cecconi², Hugo Lewin³, Marcelo Urresti⁴ y Eugenia Zicavo⁵.

Recibido: 19/11/2025; Aceptado: 20/11/2025

Cómo citar: Cafassi, E., Cecconi, S., Lewin, H., Urresti M. y Zicavo, E. (2025). Mario Margulis: una biografía intelectual. *Revista Hipertextos*, 13(24).

Resumen. El artículo traza una biografía intelectual de **Mario Margulis**, destacando su papel fundacional en la sociología argentina y latinoamericana. Desde su primer libro *Migración y marginalidad* (1968), Margulis combina rigor empírico y compromiso político, articulando el análisis estructural de la desigualdad con la defensa de los sectores populares. Su exilio en México (1976-1984) marca un punto de inflexión: allí desarrolla una crítica original al marxismo ortodoxo, plasmada en *Contradicciones en la estructura agraria y transferencias de valor* (1979), donde introduce la noción de **acumulación subordinada**, y en *Desarrollo y población en la frontera norte* (1985, con Rodolfo Tuirán), que examina la precarización urbana y laboral en el modelo maquilador. En esa etapa amplía su mirada hacia la **cultura popular** como ámbito de resistencia y reproducción social, resaltando los valores solidarios y las economías no mercantiles que sostienen la vida en contextos de exclusión. De regreso a la Argentina, impulsa la reconstrucción democrática de la universidad pública, normaliza la Carrera de Sociología y funda la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. Desde allí consolida una sociología de la cultura centrada en los jóvenes, la ciudad y las prácticas simbólicas, con obras como *La cultura de la noche* (1994) y *La juventud es más que una palabra* (1996). Durante los años noventa profundiza su crítica al **neoliberalismo y la globalización**, analizando la dimensión ideológica de los discursos dominantes y la persistencia de la **discriminación social** en *La segregación negada* (1999). Su pensamiento articula teoría crítica, empiria rigurosa y ética igualitaria, concibiendo la cultura como espacio de lucha y creación colectiva. El artículo, es a la vez homenaje y síntesis de una obra que vinculó conocimiento, compromiso y emancipación.

Palabras clave: sociología crítica, cultura popular, juventud, desigualdad social, neoliberalismo

¹ Profesor Titular e Investigador I de la Universidad de Buenos Aires (UBA) en la Carrera de Sociología. Escritor, ex decano y ex director de carreras universitarias de grado y posgrado. Director de proyectos de investigación. Autor de libros y artículos varios. Fundador de varias publicaciones digitales y en papel. Contacto: cafassi@sociales.uba.ar

² Socióloga y Dra. en Ciencias Sociales por la UBA. Docente investigadora en Sociología de la Cultura de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA) y en el Instituto de Cultura Popular (UNO).

³ Doctor en Ciencias Sociales, Magister en Planificación y Gestión de la Comunicación, Sociólogo.

Profesor e investigador en Sociología de la Cultura (la Facultad de Ciencias Sociales, UBA) y en Cultura y Subjetividad (UNRaf).

⁴ Sociólogo por la Universidad de Buenos Aires, Profesor Titular e Investigador de la Cátedra de Sociología de la cultura en la Carrera de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales (UBA).

⁵ Doctora en Ciencias Sociales, socióloga y periodista. Docente e investigadora en Gestión del Arte y la Cultura (UNTREF) y en Sociología de la Cultura en la Facultad de Ciencias Sociales (UBA).

Sumario. 1: Los inicios: los migrantes y su marginalidad. 2: México: el exilio, el pensamiento en tránsito. 3: El regreso a la Argentina: la gestión, la docencia y la investigación sobre los jóvenes y las culturas juveniles. 4: La década neoliberal, la globalización y los cambios en la cultura. 5: Neoliberalismo, exclusión y discriminación. 6: Jóvenes, amor, sexualidad y familia. 7: Un legado. Sociología de la cultura.

Abstract. The article presents an intellectual biography of Mario Margulis, emphasizing his foundational role in Argentine and Latin American sociology. From his first book, *Migración y marginalidad* (1968), Margulis combined empirical rigor with political commitment, articulating the structural analysis of inequality with the defense of popular sectors. His exile in Mexico (1976–1984) marked a turning point: there he developed an original critique of orthodox Marxism, expressed in *Contradicciones en la estructura agraria y transferencias de valor* (1979), where he introduced the concept of subordinate accumulation, and in *Desarrollo y población en la frontera norte* (1985, with Rodolfo Tuirán), which examined urban and labor precarization under the maquiladora model. During this period, he broadened his perspective toward popular culture as a space of resistance and social reproduction, highlighting the solidarity-based and non-market values that sustain life in contexts of exclusion. Upon returning to Argentina, he led the democratic reconstruction of public universities, normalized the Sociology Department, and founded the Faculty of Social Sciences at the University of Buenos Aires. There he consolidated a sociology of culture focused on youth, the city, and symbolic practices, with works such as *La cultura de la noche* (1994) and *La juventud es más que una palabra* (1996). Throughout the 1990s, Margulis deepened his critique of neoliberalism and globalization, analyzing the ideological dimension of dominant discourses and the persistence of social discrimination in *La segregación negada* (1999). His thought united critical theory, rigorous empiricism, and ethical egalitarianism, conceiving culture as a field of struggle and collective creation. The article serves both as a tribute and a synthesis of a body of work that linked knowledge, commitment, and emancipation.

Keywords: critical sociology, Popular culture, Youth, social inequality, neoliberalism

Resumo. O artigo apresenta uma biografia intelectual de Mario Margulis, destacando seu papel fundamental na sociologia argentina e latino-americana. Desde seu primeiro livro, *Migración y marginalidad* (1968), Margulis combinou rigor empírico com compromisso político, articulando a análise estrutural da desigualdade com a defesa dos setores populares. Seu exílio no México (1976–1984) marcou um ponto de inflexão: ali desenvolveu uma crítica original ao marxismo ortodoxo, expressa em *Contradicciones en la estructura agraria y transferencias de valor* (1979), onde introduziu o conceito de acumulação subordinada, e em *Desarrollo y población en la frontera norte* (1985, com Rodolfo Tuirán), que examinou a precarização urbana e laboral no modelo maquilador. Nesse período, ampliou sua perspectiva para a cultura popular como espaço de resistência e reprodução social, ressaltando os valores solidários e não mercantis que sustentam a vida em contextos de exclusão. Ao regressar à Argentina, liderou a reconstrução democrática das universidades públicas, normalizou o curso de Sociologia e fundou a Faculdade de Ciências Sociais da Universidade de Buenos Aires. A partir daí consolidou uma sociologia da cultura centrada na juventude, na cidade e nas práticas simbólicas, com obras como *La cultura de la noche* (1994) e *La juventud es más que una palabra* (1996). Durante a década de 1990, Margulis aprofundou sua crítica ao neoliberalismo e à globalização, analisando a dimensão ideológica dos discursos dominantes e a persistência da discriminação social em *La segregación negada* (1999). Seu pensamento uniu teoria crítica, empirismo rigoroso e ética igualitária, concebendo a cultura como campo de luta e criação coletiva. O artigo — escrito por Emilio Cafassi, Sofía Cecconi, Hugo Lewin, Marcelo Urresti e Eugenia Zicavo — é ao mesmo tempo uma homenagem e uma síntese de uma obra que articulou conhecimento, compromisso e emancipação.

Palavras-chave: sociologia crítica, cultura popular, juventude, desigualdade social, neoliberalismo

1. Los inicios: los migrantes y su marginalidad

Los temas de investigación y la obra de Mario Margulis son producto de una búsqueda que combina, por un lado, el interés por una ciencia fundada en conceptos rigurosos y trabajo empírico sistemático, y por el otro, el valor político crítico e igualitario que impulsan las corrientes progresistas y de izquierda en la Argentina y en la región latinoamericana. Según esa definición, una ciencia social que no se fundamente en el lenguaje crítico de las disciplinas elaboradas o que olvide la investigación de campo y la documentación empírica, se enfrenta con los inconvenientes de volverse conceptualista y vacía. Asimismo, una ciencia que cumpla adecuadamente con esos requisitos internos pero no formule una intervención en los flujos habituales de la dominación social y política o la distribución económica por lo general injusta de nuestra región, corre el riesgo de aislarse en un “cientificismo” que pierda de vista su compromiso con el presente.

De modo que, por razones conceptuales y políticas, metodológicas y éticas, tanto los temas de las investigaciones como el compromiso con una sociedad más justa, son cuestiones que se relacionan y reclaman mutuamente entre sí. Tal es el caso de *Migración y marginalidad en la sociedad argentina*, el primer libro de Mario Margulis, publicado originariamente en el año 1968, encargado de abrir un debate amplio y consistente en las ciencias sociales de ese momento. Este libro encarna la primera aparición de Margulis en el mundo de la publicación, una obra que logró rápidamente múltiples reediciones y que fue apropiada en diversos ámbitos académicos, de la opinión pública y de la acción política.

Realizado en soledad, este libro se propone comprender en profundidad la precaria situación económica, social y política de los migrantes que parten de las provincias pobres del interior con destino final en las grandes ciudades más desarrolladas del país. En concreto, este libro estudia las complejas circunstancias que rodean a la población que migra desde las zonas económicamente marginales de Chilecito y su región de influencia, en la provincia de La Rioja, hacia diversos enclaves precarios situados en el conurbano de la ciudad de Buenos Aires, en el marco del crecimiento industrial y la expansión del empleo público de la época.

Según el estilo de elección que indicamos, este libro parte del imperativo crítico que pone en discusión asuntos incómodos dentro de los debates habituales de la agenda pública. De este modo, el problema más visible, las villas miseria de la ciudad de Buenos Aires, las poblaciones llegadas en plazos recientes, los infamados “cabecitas negras” del discurso discriminador local, son analizados con detenimiento, considerados en profundidad y remitidos a causas económicas y culturales complejas de la articulación desigual del país, que no serían tan transparentes a una primera mirada y que permiten comprender los fenómenos con mayor amplitud y precisión.

El libro es producto de un trabajo minucioso y delicado que procede aprovechando diversas metodologías. Margulis fue uno de los primeros sociólogos en combinar fuentes documentales tanto públicas como privadas -desde catastros de propiedad de la tierra en la provincia de La Rioja, diarios locales, edictos municipales o cartas personales de migrantes y residentes en la región de origen- con datos estadísticos de población de diversa índole y, especialmente, con información producida en el proceso mismo de la investigación. Esta última, es también resultado de una estrategia compleja y combinada donde el autor progresa con apertura, lejos de prejuicios de escuela, orientación o disciplina: toda técnica a la mano es aprovechada y utilizada con criterio práctico y productivo. Así, a las fuentes secundarias mencionadas, le suma un trabajo de entrevistas sistemático tanto en origen como en destino, con un formulario amplio de preguntas abiertas y

cerradas, y la recolección de testimonios en entrevistas, o en la observación participante de estilo etnográfico, lo que da muestras de un espíritu metodológicamente libre, inquieto, decididamente pluralista. Como consecuencia de este proceso de investigación Margulis construyó la base empírica sobre la que se asentó *Migración y marginalidad*.

Para entender la migración entonces, hay que partir de la situación que la origina. Esa situación tiene tres grandes componentes: 1) el escaso desarrollo económico de las regiones emisoras; 2) la poca inversión en infraestructura capaz de retener a los pobladores en sus lugares de nacimiento; y 3) la difusión de modelos aspiracionales urbanos por parte de los modernos medios de comunicación. Cada uno de estos factores tiene un efecto concreto, se potencia con los otros y presiona a los habitantes de las provincias para que se marchen de sus lugares de origen.

El primero de esos factores se encuentra en la geografía, en la tierra misma y sus características, procesadas por la actividad que la sociedad local ejerce sobre ella. La zona de influencia de Chilecito, los pequeños poblados distribuidos por los valles y las laderas abruptas, se define como semidesértica, donde la presencia del agua es escasa y las tierras por lo general secas son poco aptas para el cultivo. Esa condición convive con un reparto de la propiedad que favorece la economía de subsistencia. Las mejores tierras, las que disponen de agua, se reparten entre pocas familias en extensiones que les permiten una reproducción ampliada. El cultivo por excelencia es la vid y la industria asociada es la del vino, lo que prácticamente monopoliza la producción. Los volúmenes de todas maneras son bajos, aunque constituyen la fuente fundamental de trabajo.

La mayoría de la población accede a tierras mínimas, de una a dos hectáreas por familia para más del ochenta por ciento de la población, lo que funciona como granjas para la subsistencia – con huertas y animales pequeños-, donde casi no hay excedentes, solo uvas o nueces que se comercian en los mercados de cercanías. Casi todos los propietarios de estas tierras carecen de títulos formales y en su lugar cuentan derechos inscriptos en catastros antiguos que hasta pueden remontarse a la colonia en la forma de cesiones de tierras comunitarias. Con tan baja calidad y cantidad de tierras, la mayoría de los pobladores deben buscar trabajo en las haciendas más extensas, las mejor ubicadas respecto al agua. Cuando trabajan para otros, las pagas suelen ser miserables, discontinuas y por lo general con bonos para proveedurías o en especias para autoconsumo o venta como fruta o vino. Margulis destaca una y otra vez el carácter informal de la economía y el flujo no monetizado de los intercambios. En ese contexto, es notorio el perfil precario de la mayoría de las familias, una condición endémica que le da relieve a cualquier promesa exterior de mejora.

El segundo factor es el de la falta de obras de mejora, ya que hablar de infraestructura en ese momento y en esos lugares puede sonar destemplado. La única obra de mejora que se menciona en las entrevistas es la impermeabilización con piedras de un canal de irrigación proveniente de las montañas. Ese trabajo se fija en la década del cuarenta, durante el primer peronismo y de allí para atrás, nadie recuerda nada digno de mención: el cauce mismo según la memoria popular se remonta a tiempos remotos, a la colonia y tal vez más allá. Esta falta de mejoras ha dejado las tierras cultivables en una extensión limitada, que nunca pudo ampliarse. Otra muestra del abandono es que ante la comprobación de la existencia agua subterránea a solo cuarenta metros de profundidad, en cantidad suficiente para mejorar la provisión y el riego, nunca se hicieron pozos para aprovecharla.

Asimismo, el antiguo comercio de cercanías, basado en un equilibrio regional añoso, fue afectado con la mejora de los caminos de montaña que permitió el paso de vehículos de motor, superando así el transporte en carretas, antiguas dueñas de las sendas. Este cambio, junto con la llegada del tren a Chilecito, rompieron los mercados de cercanías con la irrupción de flujos de mercaderías más baratas que perjudicaron al artesanado local. Este doble carácter de las mejoras tiene un efecto negativo en la población con el refuerzo de las pequeñas desigualdades locales, que tornan aún más precaria la situación de las poblaciones vulnerables.

Por último, la llegada de la radio, el gran portador de noticias sobre los mundos lejanos de las grandes ciudades y entre ellas Buenos Aires, funciona como un nuevo factor de disrupción, esta vez no material, sino de la dimensión imaginaria, agitador involuntario del espíritu de la comunidad. En efecto, la radio difunde noticias sobre lo que sucede en Chilecito, primera referencia de mejora y progreso, La Rioja, segundo destino de promesas y dones, y Buenos Aires, ámbito máximo de aspiraciones, embrujo y mistificación. La radio convierte a la gran ciudad en una suerte de tierra prometida, donde por contraste con la localidad propia, todo es oportunidad y abundancia, paraíso pleno de trabajo, riquezas y fantasías de consumo. No es que eso no haya existido previamente. La diferencia está en que la inmediatez del nuevo artefacto presenta esa fantasía como cercana, e incluso, palpable.

Así se completa el triángulo de la motivación que impulsa a migrar. El lugar de origen conservador, desigual, sin oportunidades, con la sensación de estancamiento y repetición que lo atraviesa, abre la imaginación a la migración que se presenta como un proyecto prometedor, vital, positivo. Nadie piensa en posibles pérdidas ante un panorama semejante, donde los cantos de las sirenas se vuelven más audibles. Y eso es lo que ejerce la radio y en ella, la ciudad con sus luces, una aspiración de cambio, mejoras y ascenso social. Con estos factores explica Margulis la inclinación a la migración, ese primer paso que lanzará más que nada a los varones en edades activas a emprender la aventura de partir hacia la gran ciudad.

Ahora bien, la llegada a destino no va a ser como se prometía en las fantasías previas. Cuando los trabajadores migrantes llegan a la ciudad deben enfrentar situaciones complicadas y exigentes que les demandan nuevas energías y los obligan a cambiar su forma de vida, que deberá amoldarse a nuevas condiciones de trabajo y, en especial, a afincarse en barriadas y viviendas atravesadas por la carencia y la informalidad. Esta es la segunda parte del gran viaje: la marginalidad en la gran ciudad.

Para el migrante de provincias la ciudad se le presenta como un mundo desconocido y, en cierta medida, amenazante. Implica extrañamiento y dislocación, por la distancia física y cultural con el origen, y por una forma de vida que tiende a ser impersonal y masiva. El migrante se siente extraño, aislado, desvalorizado. Al llegar sin mayores calificaciones, el trabajo disponible será de baja remuneración y escasa protección. Por lo general, en la construcción, en servicios de limpieza o en tareas de mantenimiento. Esto supone un ascenso social restringido: quienes han migrado expresan en las encuestas realizadas que han mejorado en sus condiciones de vida, aunque se encuentren en las zonas marginales de la economía y la ecología urbana. En términos de habitación y vivienda, les esperan las periferias de la ciudad, los barrios alejados y con escasos servicios, en el límite, las villas miseria, espacios que terminan absorbiendo a la gran mayoría.

En las villas se produce una situación paradójica: siendo el lugar de exclusión social por excelencia, termina siendo el canal de inclusión más inmediato al que pueden acudir. Desarraigados

de su origen y aislados en la gran ciudad, víctimas de una tangible desorganización familiar por el viaje y una conmoción personal por la desconocida situación que se les presenta, tienen que sumar el hecho adicional de convertirse en objeto de señalamiento y acusación por parte de la población receptora, la discriminación que desvaloriza su aspecto corporal y destaca su lugar inferior en la jerarquía social. Estos elementos implican una exclusión que se refuerza con el trato despectivo y la evitación de la población local. Así, los migrantes terminan convirtiendo a las villas en ámbito de inclusión deficiente. En las villas, más allá de la marginalidad objetiva que las atraviesa, los migrantes encuentran una pertenencia junto a pares en situación equivalente, una protección frente a un afuera hostil donde establecen redes de solidaridad familiar y vecinal, una vida cotidiana basada en favores e intercambios recíprocos que definen una subcultura inclusiva. La villa termina funcionando como una isla propia, donde se pueden sentir protegidos, sensación que se acrecienta cuando los vecinos son paisanos de las mismas provincias. Se produce así una traslación del pago chico a un enclave marginal de la ciudad grande.

De este modo, la migración termina en la marginalidad, con las múltiples funciones conservadoras que tiene para las estructuras injustas de la sociedad, tanto en las zonas postergadas de las provincias pobres, como en las ciudades opulentas y modernas, por caso, Buenos Aires. Así, la migración funciona como una válvula de escape: termina siendo funcional al estancamiento de la región de origen, donde nada cambia en términos de organización profunda, y también respecto de la sociedad de destino, donde las injusticias se reproducen al fijar en la marginalidad y en una suerte de “subjetivación” o personalización de la exclusión en los migrantes mismos, remisión que oculta la contradicción estructural de la sociedad que lo genera.

En este primer trabajo podemos apreciar las dos preocupaciones fundamentales que van a recorrer por largo tiempo la obra posterior de Margulis: primero, la comprensión de las estructuras sociales que producen desigualdad, pobreza y discriminación; y segundo, la documentación y el análisis de las actividades que los sectores subordinados desarrollan en condiciones de carestía y dificultad con el fin de reproducir la vida. Ese interés, que es el de muchos miembros de su generación, es el que impulsa a Margulis a comprometerse con los proyectos de liberación social, con las causas populares y con las luchas de los desposeídos para conquistar un modo de vida superador. En los primeros años setentas ese compromiso se expresa en la oposición a la dictadura militar que va de Onganía a Lanusse, en el apoyo a la convergencia del movimiento obrero organizado con el movimiento estudiantil y en la toma de partido a favor de las luchas libradas por las corrientes nacionales y populares. Pocos años después, con la dictadura del '76, Margulis – como muchos otros compañeros de su generación- se ve obligado a exiliarse en México, donde pasará ocho años en los que retornará de diverso modo a los temas de su interés, en un país donde hay claras similitudes estructurales con la Argentina, pero también diferencias que lo llevarán a reconsiderar y readaptar su perspectiva.

2. México: el exilio, el pensamiento en tránsito

De un modo similar a como había procedido previamente, Mario Margulis trabaja enlazado con las transformaciones políticas, sociales e intelectuales de su tiempo. México va a ser un terreno nuevo y desafiante, donde pondrá en juego sus intereses, en un país distinto, conformado por otras

tradiciones, donde nuevamente se pondrá con sus obras en diálogo con colegas locales, estableciéndose como una figura relevante en el paisaje del pensamiento crítico latinoamericano.

A comienzos de marzo de 1976, pocos días antes del golpe de Estado en Argentina, Margulis partió al exilio tras haber sido advertido por una amiga cercana a los círculos universitarios y políticos radicalizados. La decisión, sin embargo, no fue precipitada. Ya en noviembre del año anterior, y tras el asesinato de un ex ayudante de cátedra de la Universidad de La Plata, había comenzado a organizar su salida. El hostigamiento criminal a docentes, investigadores, intelectuales y militantes por parte de la “Alianza Anticomunista Argentina” (AAA) del gobierno peronista de Isabel Martínez de Perón, así como la clausura paulatina de los espacios institucionales de crítica y producción de conocimientos, confirmaban la inminencia del riesgo.

A diferencia de otros exiliados que optaron por destinos inmediatos, Margulis construyó su itinerario con una lógica estratégica. Su paso por Bogotá y luego por Caracas respondió a vínculos previos con colegas universitarios, con quienes compartía diagnósticos sobre la situación regional y la necesidad de preservar enclaves de pensamiento crítico. Sin embargo, ni Colombia ni Venezuela ofrecieron las condiciones laborales ni el entramado político-afectivo que posibilitara una reconstrucción estable.

Fue en México donde encontró un entorno propicio para rearticular su proyecto intelectual y familiar. La elección no fue solo pragmática sino también simbólica: México representaba desde décadas atrás un lugar de acogida para exiliados políticos de toda América Latina y otras regiones -republicanos españoles, cubanos prerrevolucionarios, guatemaltecos tras el golpe de 1954, y obviamente chilenos y uruguayos cuyos golpes de estado precedieron al argentino-. Para 1976 México se había transformado en uno de los principales polos de recepción del exilio argentino y chileno. A esa tradición de hospitalidad se sumaba la densidad institucional de su sistema universitario, en particular la UNAM y El Colegio de México, que albergaban líneas de investigación afines al pensamiento crítico existente en otras regiones.

El arribo de Margulis a la Ciudad de México coincidió con la transición presidencial entre Luis Echeverría y José López Portillo. Si bien ambos mandatarios pertenecían al mismo partido (PRI), sus estilos y énfasis diferían: Echeverría había promovido una política exterior de apertura hacia causas progresistas, mientras que el gobierno entrante oscilaba entre la continuidad institucional y el ajuste económico incipiente. Este contexto híbrido, con fisuras y contradicciones, permitió cierto margen para la inserción del exilio intelectual, en un clima aún marcado por las secuelas del '68 mexicano y la represión de la Guerra Sucia. La elección de México, en suma, no respondió solo a una lógica de refugio, sino también de interlocución. Margulis se instaló allí no como un mero espectador, sino como un actor dispuesto a intervenir en el debate teórico latinoamericano desde una perspectiva situada, comprometida con las causas populares y basada en conocimientos rigurosamente producidos. De esa larga estadía tenemos una decidida vuelta al eje de la estructura desigual de las sociedades latinoamericanas y al de la acción de los sectores populares, en distintas obras que realizó trabajando solo o en colaboración con otros colegas.

El México que recibió a Margulis ofrecía un marco institucional ambiguo, pero aún hospitalario. Logró insertarse laboralmente mediante una posición part-time en El Colegio de México, una de las instituciones académicas de mayor prestigio en la región. No obstante, el salario resultaba insuficiente para llevar y sostener a su familia, ni garantizar estabilidad a largo plazo. En paralelo, comenzó a dictar cursos de teoría marxista a un grupo de psicoanalistas reunido en torno a Mimi

Langer, referente del pensamiento feminista, la izquierda lacaniana y la psicología social. Esta experiencia, informal pero intelectualmente rica, ilustra la apertura de Margulis a interlocuciones inusuales y a la circulación del pensamiento más allá de las fronteras disciplinares convencionales.

Su residencia en la Villa Olímpica -un complejo habitacional construido para los Juegos de 1968 que se había transformado en enclave privilegiado del exilio- reforzó su inmersión en una red intelectual densa. A ese microcosmos llegaron también Juan Carlos Portantiero, José Aricó, Alfredo Pucciarelli, Ernesto López, Hugo Mercer, Goyo Kaminsky, Pedro Krocht, y otros exponentes del pensamiento crítico argentino, a los que se sumaban figuras chilenas y uruguayas. En ese entorno convivían trayectorias académicas disímiles, formas de militancia divergentes y expectativas desiguales respecto al retorno.

El clima político de esa comunidad era complejo: altamente politizado pero también fragmentado. Las diferencias ideológicas entre exiliados desde antiguos militantes del PC hasta exintegrantes de Montoneros y la JTP, los recuerdos recientes de disensos en Argentina y las tensiones respecto a la representación de la experiencia exiliar generaban debates intensos, a menudo desgastantes. A ello se sumaban las condiciones precarias de residencia y visado, que colocaban a muchos bajo la amenaza constante de la inestabilidad legal y económica.

Dentro de esa constelación, se destacaban también Máximo Simpson, César Lorenzano, Pedro Pires y Carlos Marquis, quienes contribuían activamente a mantener viva la interlocución teórica desde sus respectivas áreas. La Casa Argentina en México -espacio de militancia, intercambio cultural y redes afectivas- funcionaba como punto de encuentro de esa comunidad, a pesar de que su vinculación original con sectores montoneros generaba desconfianza entre otros sectores del exilio. Incluso dentro del Colegio de México se vivieron conflictos gremiales, como el despido de varios colegas tras enfrentamientos con autoridades institucionales, dejando a varios exilados en condiciones de virtual precariedad y desamparo, ya que la intervención en asuntos internos, chocaba con la política receptiva para refugiados.

En aquel clima de apertura y hospitalidad, la política exterior mexicana continuaba guiándose por los principios de la Doctrina Estrada, formulada en 1930 por el entonces canciller Genaro Estrada. Lejos de ser una mera consigna diplomática, dicha doctrina -que postulaba la no intervención y el respeto a la soberanía de los Estados, negándose a emitir juicios sobre la legitimidad de gobiernos extranjeros- operó como fundamento normativo y simbólico de la acogida a perseguidos políticos del Cono Sur. México no solo abría sus puertas; sostenía una política de asilo anclada en una tradición institucional que combinaba prudencia internacional con compromiso humanitario. Esa base doctrinaria, mantenida incluso en el marco tenso de la Guerra Fría, consolidó al país como un enclave de refugio para el pensamiento crítico y la disidencia política regional, siempre que no afectara la política interna.

Pese a ese contexto inestable, Margulis consiguió una visa definitiva para él y su familia, además de ya haber obtenido un full time en El Colegio, que le permitió proyectar una estadía sostenida. Esa relativa seguridad material, que no era la norma entre sus colegas, le otorgó una plataforma desde la cual consolidar su producción académica, editar obras fundamentales y mantener un diálogo constante con América Latina. Su inserción no fue neutra ni automática: se dio en el marco de una comunidad viva, tensa, politizada, profundamente afectada por la violencia en sus países de origen, pero decidida a continuar elaborando pensamiento en tránsito.

Entre las contribuciones de Mario Margulis durante su exilio mexicano se encuentra *Contradicciones en la estructura agraria y transferencias de valor* (1979). Este trabajo es, en muchos sentidos, un punto de inflexión en la sociología agraria latinoamericana: combina una rigurosa crítica al estructuralismo marxista con una lectura aguda de las dinámicas concretas de reproducción del capitalismo dependiente en el medio rural.

Frente a los enfoques binarios que oponían campesinado y capitalismo como polos excluyentes, Margulis sostiene que los sectores campesinos no sólo no se extinguen frente al avance del capital, sino que son incorporados de manera subordinada en su lógica de acumulación. Rechaza tanto la nostalgia romántica por un “campesinado puro” como el economicismo que lo reduce a una rémora arcaica. En cambio, propone una lectura estructural que considera a la familia campesina como una unidad de producción y reproducción que subsidia indirectamente al capital industrial. Esta idea, que de algún modo estaba en germen en *Migración y marginalidad*, adquiere aquí un despliegue completo y fija las bases de un argumento que se verá en otras obras que Margulis hará en su período mexicano.

La familia campesina, la comunidad agraria, produce una suerte de subsidio al capital mediante mecanismos concretos de transferencia de valor: el sistema tributario que grava desproporcionadamente a los pequeños productores, las políticas crediticias que favorecen a los grandes terratenientes, y los precios relativos desfavorables que exprimen la renta campesina. A través de estos canales, el capital industrial se apropia de excedentes generados en el campo sin necesidad de formalizar relaciones salariales directas, asegurando así una base barata y flexible de reproducción de fuerza de trabajo.

Margulis dialoga críticamente con teorías como la del “modo de producción mercantil simple”, defendida en ese entonces por Armando Bartra, a quien le reprocha una mirada esquemática que oculta la funcionalidad estructural del campesinado en el marco del capitalismo dependiente. Más allá de la polémica puntual, el núcleo del planteo radica en develar cómo la persistencia de formas agrarias “no capitalistas” no debe interpretarse como resistencia al capital, sino como resultado de su estrategia de externalizar costos y reducir responsabilidades.

Una de las novedades analíticas del libro es la incorporación del pensamiento de Alexander Chayanov, en particular respecto de la lógica doméstica del trabajo campesino. Sin abandonar una perspectiva marxista, Margulis introduce la noción de “acumulación subordinada”: un proceso en el que la reproducción campesina es funcional al sistema capitalista, aunque no esté integrada plenamente en él. Esta idea le permite explicar por qué el campesinado no desaparece, sino que se adapta y se transforma como parte de un engranaje desigual y flexible.

Otro aporte notable -y, en cierto modo, anticipatorio- es su reflexión sobre la informalidad estructural: Margulis identifica en el agro ciertas dinámicas que, años después, se extenderían a las ciudades latinoamericanas, como la precarización del trabajo, la externalización de costos estatales y la segmentación social encubierta. Así, la obra no sólo dialoga con la sociología rural, sino que prefigura debates cruciales sobre exclusión urbana, la informalidad y la reconfiguración del Estado, que se verán en textos posteriores.

Con este libro, Margulis no sólo realiza una crítica a la ortodoxia marxista, sino que también reanuda el vínculo entre teoría y realidad que el exilio y la represión habían forzado a suspender. En un contexto en que muchos investigadores trabajaban sobre archivos o literatura secundaria, él se sumerge en el análisis de estructuras reales, en diálogo con procesos vivos del continente. Su

lectura se vuelve así, no sólo una herramienta analítica, sino una forma de resistencia epistemológica que ofrece una lectura crítica de una sociedad con una población y una economía agraria extendida, como es el caso de México.

Cinco años después de su trabajo sobre el agro latinoamericano, Margulis vuelve a publicar en México, esta vez en coautoría con Rodolfo Tuirán, un ex alumno de El Colegio de México que colaboró con varias de sus investigaciones y con quien trabó amistad: *Desarrollo y población en la frontera norte: el caso de Reynosa* (1985). La obra conserva el impulso crítico de los libros anteriores, pero lo traslada al espacio urbano-industrial de una zona de particular importancia para el capitalismo regional: la frontera entre México y Estados Unidos introduciendo la categoría de *espacio transfronterizo* como clave analítica. Tuirán se convertirá años después en un exitoso político del PRI, confirmando a El Colegio como una incubadora de cuadros del gobierno mexicano. Reynosa, ciudad industrial asentada en Tamaulipas, se convirtió en emblema de la expansión del modelo maquilador, ese régimen de acumulación basado en la externalización de costos, el uso intensivo de mano de obra barata y la proximidad logística con los mercados estadounidenses. El estudio realizado por Margulis y Tuirán disecciona los efectos sociales, económicos y territoriales de esta forma de crecimiento, exponiendo sus contradicciones estructurales.

A diferencia de enfoques celebratorios del “desarrollo regional”, los autores muestran que el crecimiento industrial en la frontera norte no necesariamente implica integración social. Por el contrario, argumentan que la acumulación en Reynosa reproduce nuevas formas de exclusión. Se trata de una expansión sin redistribución, que profundiza la desigualdad mediante una lógica espacial fragmentada y una precarización intensificada del trabajo y del hábitat. El libro se nutre de una investigación empírica exhaustiva que analiza los distintos tipos de asentamientos periféricos -desde colonias populares hasta fraccionamientos improvisados- y las trayectorias migratorias de quienes llegan desde el sur del país buscando empleo en las maquilas. Estas trayectorias, lejos de configurar una “movilidad ascendente”, se caracterizan por la informalidad habitacional, la carencia de servicios públicos, y la construcción progresiva del entorno doméstico mediante el esfuerzo colectivo de las familias. A distancia física y temporal de *Migración y marginalidad*, los problemas y los diagnósticos se asemejan entre sí.

Un capítulo especialmente significativo es el que estudia el rol de las mujeres en ese nuevo orden urbano-industrial, lo que supone una importante novedad en su perspectiva. A través de su incorporación masiva al trabajo maquilador, no solo se modifica la división sexual del trabajo, sino que se reconfiguran los vínculos familiares, las formas de crianza y la organización del espacio barrial. Margulis y Tuirán logran escapar al esencialismo: no idealizan a las mujeres como agentes “naturales” del cuidado, sino que analizan cómo su inserción laboral transforma materialmente el entorno doméstico y comunitario.

Las redes de solidaridad, la construcción autogestionada del hábitat y la organización barrial emergen como estrategias de resistencia cotidiana frente a un modelo que desborda al Estado. El municipio aparece ausente o colapsado, incapaz de acompañar la velocidad de la urbanización. En ese contexto, las mujeres no sólo garantizan la reproducción del hogar sino también la del tejido social.

Al igual que en *Contradicciones en la estructura agraria*, la reflexión sobre la informalidad ocupa un lugar central: en Reynosa, la informalidad ya no es rural sino urbana, pero cumple una función

análoga cuando permite la reproducción del capital sin costos adicionales. La precariedad del empleo y de la vivienda no es un efecto colateral del sistema, sino uno de sus componentes operativos.

Con esta obra, Margulis completa un díptico sociológico: el campo y la ciudad como territorios interdependientes en los que se inscribe la desigualdad estructural del capitalismo dependiente. Su lectura evita los esquematismos: muestra que ni el agro es un residuo del pasado ni la ciudad una promesa de modernidad. Ambos espacios están atravesados por lógicas de subordinación que sólo pueden comprenderse en relación con el conjunto regional.

El trabajo de Margulis y Tuirán sobre Reynosa anticipa, desde una perspectiva situada y empíricamente robusta, líneas de análisis que posteriormente serían retomadas y ampliadas por autores del urbanismo crítico en América Latina. Su lectura de la fragmentación urbana, la precariedad habitacional y el rol de las mujeres en la producción social del espacio se articula con aportes como los de Janice Perlman sobre las favelas brasileñas, o con los de Mike Davis sobre las metrópolis del Sur global, donde la urbanización acelerada produce nuevas formas de marginalidad estructural. Incluso podría leerse en clave de diálogo con las primeras elaboraciones de Manuel Castells sobre el espacio urbano como terreno de conflicto, o con enfoques contemporáneos que abordan las dinámicas informales desde una crítica al urbanismo tecnocrático. Lejos de tratarse de un estudio localista, el análisis de Reynosa se inscribe en una constelación más amplia de esfuerzos por comprender cómo la desigualdad se territorializa, cómo se produce desde abajo el derecho a la ciudad y cómo los márgenes configuran nuevas centralidades analíticas, resultado de un enfoque mixto que combinó análisis estadístico y observación de campo.

Un capítulo especial tendrán en el período mexicano de Margulis dos obras, una de ellas de alcance medio y otra de extensión más breve, en las que se puede apreciar un viraje inicial hacia el estudio sistemático de la cultura y la relación que ésta tiene con la situación de los sectores populares, campesinos, indígenas y mestizos. Se trata del artículo “La cultura popular”, publicado en 1982 en un libro colectivo compilado por Adolfo Colombres y Rodolfo Stavenhagen cuyo título fue *La cultura popular* y que fijó los ejes de la discusión en torno a este tema con aportes de destacados autores del medio intelectual latinoamericano; y del cuaderno Nro. 5 de la colección del Instituto Nacional de Antropología e Historia, escrito en 1984-5, pero publicado en 1988, cuyo título fue *Cultura y reproducción de las unidades domésticas*. Ambos textos pueden entenderse como complementos de los libros recién analizados, encargados en este caso de analizar el eje de la acción de los sectores subordinados, dejando en segundo plano el rol de la estructura de dominación. Si de acuerdo con la fórmula sartreana el primer momento lógico de la comprensión de los sectores populares consiste en analizar lo que la dominación ha hecho de ellos, la segunda instancia tiene que centrarse en el momento de la autonomía, es decir, en lo que esos sectores hacen concretamente a partir y más allá de lo que esa relación de dominación ha hecho de ellos.

En ambos textos se puede apreciar el esfuerzo que hace Margulis por mostrar la acción creativa, la resistencia, la lucha por la reapropiación de la experiencia y el tiempo, en la que los subordinados recobran lo perdido y reproducen la vida social en disputa con la alienación y la mistificación del capital y sus múltiples ramificaciones. En este terreno son varias las prácticas y las instituciones propias puestas en juego, donde se puede apreciar esa resistencia creativa.

En el artículo breve sobre la cultura popular, enfatiza la comprensión de la sociedad capitalista moderna como una sociedad de clases que mistifica el orden social a partir de la producción

imaginaria de un orden totalizante, orden que se presenta como una conformación cultural. La sociedad de clases para ejercer su dominio necesita de una cultura aceptada que imponga un sistema de representación y significación que sea compartido como propio por toda la sociedad, es decir, en todas las clases que la componen. Esa estructura de la representación es la ideología aunque planteada de manera renovada como comunicación de masas. La comunicación de masas apela al aparato de la industria cultural, una maquinaria impersonal de imposición, conservadora, concentrada y colonizadora, encargada de transmitir de modo “neutro” los valores de la clase dominante. Sólo así la clase dominante impone de modo universal, es decir, como si fueran de todos, sus propios valores.

Esta dominación, sin embargo, dista de ser absoluta. Si bien la industria cultural cuenta con la fuerza del capital concentrado, con la propiedad monopólica de los medios, no controla las operaciones de recepción que las audiencias, según el texto, el pueblo mismo, realiza cuando elabora los mensajes que recibe. Ya en ese entonces, Margulis discute temas de la agenda de las ciencias de la comunicación que se verán más adelante en textos de Jesús Martín-Barbero, de Eliseo Verón y de otros intelectuales que le otorgarán autonomía a la recepción. En este caso, un Margulis atento a las formas de la resistencia popular, en un terreno más político que semiológico, se muestra sensible a eso que con el tiempo será elaborado de otro modo, con otras terminologías.

Pero en este caso, la cultura popular será esa gran nueva mediación colectiva, encargada de oponerse a la cultura de las clases dominantes, con una resistencia resignificadora de los mensajes emitidos por la industria cultural. A través de otros valores no mercantiles, no individualistas, sino emancipatorios e igualitarios, donde la solidaridad se expresa de manera espontánea porque surge de una experiencia de supervivencia arraigada, se afianza una forma de contracomunicación, subversiva e innovadora, que discute colectivamente la imposición de sentido. Sin que haya una dirección intelectual crítica, la cultura popular impulsa de modo anónimo su resistencia y su creatividad cuando ejerce su acción basada en los valores prácticos de la reproducción de la vida.

De este modo, los afanes colonizadores del sistema comunicativo ceden ante la forma no mercantil que los reinterpreta y les resta eficacia. Se abre con ello, la posibilidad de proyectos culturales alternativos, autogestivos y emancipatorios que expresen los intereses del pueblo y de los sectores populares en programas futuros que transformen la industria cultural, los medios de comunicación y con ellos la sociedad de clases. Así, este texto, de eminente carácter político, se vale de una noción ampliada de cultura en el horizonte de una interpretación marxista, operación audaz, con escasos antecedentes en ese momento, que da cuenta del esfuerzo realizado con el fin de ampliar horizontes de oposición.

El texto *Cultura y reproducción*, pocos años posterior a los mencionados –escrito en 1984-5, es de algún modo el cierre intelectual de Margulis en México, su trabajo de mayor apertura y ambición sintética entre los mundos distantes de la economía agraria bajo una perspectiva marxista, la aproximación antropológica a las comunidades indígenas y su cultura y el trabajo sistemático de investigación de campo con las aldeas campesinas. En algún punto, se puede ver de nuevo a Margulis recorriendo caminos rurales como lo hizo en La Rioja, para la investigación sobre migración interna en Argentina. Pasados veinte años desde entonces Margulis vuelve a centrarse en el estudio de las pequeñas comunidades agrarias, sus habitantes y sus prácticas orientadas a la reproducción y la supervivencia.

En este texto, Margulis parte de una discusión en boga en el México de entonces. En el contexto del primer neoliberalismo del PRI en el poder, según las fórmulas de la economía modernizadora de origen estadounidense, las comunidades campesinas e indígenas, con sus formas tradicionales de producción y sus tierras protegidas por las leyes surgidas de la revolución de 1910, se presentan como un obstáculo para el desarrollo.

Esto es parte del discurso unilateral que desde los organismos internacionales se ofrece como fórmula para el tercer mundo. En ese ideario, el desarrollo, fuente de la modernización económica y social, hay que enfatizarlo, es un desarrollo capitalista. Esto supone que valores como el arraigo con la tierra o con las comunidades ancestrales, la producción orientada a la subsistencia o basada en técnicas tradicionales, deben ser desactivadas y reemplazadas por otras nuevas.

Margulis se posiciona en el debate mostrando que hay otras formas de evolución económica que no tienen que pasar necesariamente por el mercado libre de las tierras, los latifundios y la producción tecnificada y sin mano de obra, como sucede en países con campo y sin campesinos, el caso de Argentina. El capitalismo no garantiza la reproducción de la vida social, sino la del capital y sus ganancias y por lo general se desentiende de lo demás. En cambio, las relaciones de reciprocidad típicas de la economía informal y los intercambios solidarios, aunque no se lo propongan conscientemente, reproducen la vida de las unidades domésticas que dependen de las comunidades.

Como muestra el texto, la reforma agraria de la revolución del diez sustrajo la tierra de la condición de mercancía y la convirtió en propiedad ejidal intransferible. La tierra comunitaria intransferible garantiza un acceso a los miembros de la comunidad que quieran trabajarla, lo que tiene un indirecto rol reproductivo. Porque gracias a esa característica de la tierra ejidal se garantiza una persistencia de las comunas campesinas que no pueden ser desplazadas y una economía de subsistencia que permite que las familias se reproduzcan materialmente sin la urgencia de producir para el mercado. De todas maneras y de modo indirecto, esa reproducción favorece al capital, pues garantiza que la mano de obra sea abundante y barata. Así, el ejército social de reserva representa una transferencia de valor del campo a la ciudad.

La idea desarrollista atentaría contra esta forma de reproducción. En el contexto latinoamericano indígena y campesino, la cultura local rural remite a tradiciones arraigadas que tienen su propia forma de evolucionar, donde la modernización capitalista es ajena, una imposición que puede llegar a ser socialmente destructiva. Margulis insiste una y otra vez en que las comunidades demuestran por su existencia y funcionamiento, que no hay un solo modelo de desarrollo.

Para comprender esa otra forma de reproducción ampliada hay que considerar la cultura. En este contexto Margulis plantea a la cultura como el conjunto de códigos dentro de los que se conforma el nivel significativo de la realidad social, el caudal simbólico y los valores, los hábitos, los patrones cognitivos y afectivos que producen y reproducen junto con la economía, la vida social en toda su complejidad. Las comunidades rurales, conformadas por pueblos indígenas basados en tradiciones compartidas, usos y costumbres, rituales y acuerdos tácitos, generan importantes recursos no económicos que permiten la reproducción social de las familias y las unidades domésticas que las componen. Sin esos elementos tradicionales, las familias y los sujetos carecerían de redes de inclusión, pertenencia e intercambio, haciendo sus vidas mucho más precarias, inconsistentes, vulnerables.

Según este argumento, el rol de la unidad doméstica es central. Dentro de sus características principales hay que destacar el tamaño: a diferencia de la unidad urbana, la campesina tradicional se define por su número amplio de miembros, las generaciones que conviven y los muchos hijos, entre los que se reparten múltiples tareas. Sin ese número, muchas actividades económicas serían inviables y la familia tendría más dificultades. A su vez, tradiciones locales como el padrinzago, el compadrazgo, el cuatismo, la parentela ampliada, la relación entre comadres, las mayordomías, las fiestas comunales y tantas otras prácticas populares antiguas, fomentan en su articulación una ampliación de círculos de inclusión, auxilio y ayuda mutua, que favorecen la supervivencia colectiva.

La familia, la parentela ampliada y la comunidad son importantes sostenes de la reproducción social y funcionan como ámbitos convergentes donde se despliegan diversas estrategias de supervivencia que apuntalan a los sujetos en condiciones exigentes. Estos mecanismos de reciprocidad, ajenos a la lógica mercantil, basados en una economía de dones y contradones, se extiende a los medios urbanos cuando los miembros de la comunidad migran para conseguir trabajo. Desde las changas, el acceso a la vivienda, a préstamos y a ayudas que reducen las inclemencias de la vida en situaciones ajenas, en todo están actuando las relaciones familiares y comunitarias. Esa influencia puede extenderse incluso más allá de la frontera, en los EEUU, en caso de ser necesaria. Así, la cultura de los sectores populares, aparece como un recurso no económico de reproducción material.

Con este último texto, Margulis vuelve de algún modo a *Migración y marginalidad*, con matices que recuerdan sus primeras reflexiones, aunque en un contexto distinto y con el auxilio de nuevas categorías conceptuales. Este tipo de reflexión sobre las características de los sectores populares volverá a aparecer en nuevos trabajos como *La segregación negada*, de 1997, que abordaremos más adelante, o en textos del final de su carrera, como el artículo “Nuestros negros” publicado en 2011 en el libro colectivo *Las tramas del presente*, que recogerá la problemática de la evitación de los marginales y los migrantes en el contexto de la ciudad de Buenos Aires. Este texto sobre cultura y reproducción fue elegido por él como uno de los capítulos centrales de su libro *Sociología de la cultura*, publicado en 2009, donde presentó una versión un poco más breve del mismo, lo que de algún modo muestra el aprecio que le tuvo, algo que también aparecía en las charlas informales cuando recordaba con nostalgia sus viajes por ese entrañable México profundo.

Durante su estancia en México, Mario Margulis no sólo consolidó su producción académica individual, sino que desplegó una intensa labor editorial que articuló pensamiento crítico, formación teórica y circulación de ideas. Lejos de limitarse al aula o al libro firmado, su práctica intelectual asumió una dimensión colectiva, orientada a construir espacios de mediación y transmisión de saberes en tiempos de exilio, fragmentación y censura.

Una de sus iniciativas más relevantes fue la dirección de la colección de teoría marxista en la editorial Terra Nova. En un momento en que la represión había desmantelado numerosas cátedras críticas en América Latina y las editoriales universitarias sufrían controles ideológicos o directamente habían sido desarticuladas, esta colección abrió un cauce alternativo para sostener y actualizar debates fundamentales. Margulis combinó la reedición de obras clásicas con la incorporación de nuevos aportes, fortaleciendo la articulación entre teoría crítica y realidad latinoamericana.

Entre las publicaciones más destacadas se encuentra la primera traducción al español de los Manuscritos de 1861-1863 de Karl Marx, correspondientes a los Cuadernos I-V y XIX-XXIII que finalmente fueron olvidados. Estos textos, inéditos hasta entonces en lengua castellana, abordan temas fundamentales como el desarrollo del capital, la renta de la tierra y la tecnología como fuerza productiva. Su publicación implicó un enorme aporte no sólo por su contenido teórico, sino por el gesto político de restituir a Marx como herramienta viva de interpretación, más allá de las lecturas dogmáticas y ortodoxas que habían predominado hasta entonces.

Otro volumen notable fue la traducción y edición del estudio de Gilles Dostaler sobre la teoría del valor y la conversión de valores en precios en el *Libro III* de *El Capital*. Este trabajo abordaba la histórica polémica entre Friedrich Engels y Eugen von Böhm-Bawerk, figura fundacional de la Escuela Austríaca de economía, quien había acusado al marxismo de una inconsistencia lógica insoluble en el pasaje de la teoría del valor al precio de producción. Dostaler no sólo reconstruía ese debate, sino que lo actualizaba a la luz de las discusiones contemporáneas sobre racionalidad económica, metodología y crítica del valor.

La inclusión de estos textos -junto con otros que abordan problemas del subdesarrollo, la acumulación dependiente o la reproducción de la fuerza de trabajo- respondía a una estrategia editorial orientada por una pregunta clave: ¿cómo pensar el marxismo desde América Latina, sin subordinarlo a las matrices europeas ni convertirlo en dogma? En este sentido, la tarea de Margulis se entrelazaba con la de José Aricó en la editorial Siglo XXI y con otros proyectos del exilio como el de CEDES en Caracas o las redes editoriales argentinas que sobrevivían en la diáspora.

Más allá del contenido, el gesto editorial de Margulis evidencia una convicción: en contextos de dispersión, exilio o censura, la teoría crítica debía reinventarse como comunidad de lectura. Traducir, editar, comentar, circular son entonces formas de resistencia, pero también de reconstrucción del horizonte emancipador. Su labor ayudó a sostener puentes entre generaciones, geografías y tradiciones políticas.

En definitiva, la mediación teórica que Margulis ejerció desde México no fue sólo un complemento a su obra académica, sino una dimensión constitutiva de su praxis intelectual. En tiempos en que el marxismo enfrentaba el doble cerco de la represión militar y la burocratización ideológica, Margulis apostó por una lectura abierta, situada y rigurosa. Su proyecto editorial fue, en ese sentido, también una apuesta ética: la convicción de que leer críticamente es una forma de actuar en el mundo.

El exilio de Mario Margulis en México no concluyó de manera abrupta ni obedeció a una decisión unilateral. Fue más bien una deriva marcada por transformaciones políticas tanto en Argentina como en el país anfitrión, que modificaron las condiciones materiales y simbólicas de su permanencia. A diferencia de otros intelectuales que retornaron con el restablecimiento democrático en 1983, Margulis se mantuvo en México algunos años más, en parte por la estabilidad laboral alcanzada, pero también por la profundidad de los vínculos forjados y las exigencias de continuidad de los ciclos escolares de sus hijos.

La asunción de Miguel de la Madrid Hurtado a la presidencia en 1982 significó un punto de inflexión para la vida política e intelectual del país. Con él se inició el giro neoliberal en México, cuyos efectos no tardaron en sentirse en el ámbito universitario: recorte de presupuestos, tecnocratización de las agendas de investigación, debilitamiento de los programas críticos y desarticulación de espacios que habían alojado a los exiliados. Las políticas de ajuste afectaron de

forma directa a las universidades públicas y a las editoriales independientes, generando un clima de cierre paulatino para los proyectos intelectuales que Margulis y otros venían sosteniendo.

En ese contexto, se fue gestando una suerte de “coda del exilio”: un tramo final no exento de tensiones, pero también de balances, redefiniciones y despedidas. La experiencia del exilio no concluía simplemente con la posibilidad del regreso; su final fue más bien una transición lenta, cargada de ambivalencias que fungieron como una fuente de reflexión política y conceptual. Por un lado, aparecía la nostalgia por la comunidad construida, por los debates sostenidos en medio del desarraigo, por los afectos nacidos en la Villa Olímpica y en las aulas mexicanas. Por otro, emergía el deseo -a veces contradictorio- de reinsertarse en la Argentina democrática, de reencontrarse con los espacios académicos y militantes que comenzaban a reconstruirse. En suma de volver al clima universitario porteño.

3. El regreso a la Argentina: la gestión, la docencia y la investigación sobre los jóvenes y las culturas juveniles

El regreso de Margulis a la Argentina constituyó una experiencia densa, marcada por el desplazamiento, no solo geográfico sino también epistemológico y especialmente en el orden de lo práctico, con importantes desafíos que se le iban a presentar. Si el exilio fue un laboratorio de ideas, el retorno implicó un nuevo esfuerzo de traducción: debió rearticular saberes producidos en el tránsito, enfrentarse con una sociedad que había cambiado, con rupturas generacionales que desconocía, y lidiar con una universidad aún atravesada por las heridas de la dictadura, en proceso de apertura, donde se comprometió con la tarea de la gestión. Margulis supo asumir ese desafío complejo. Su vuelta no significó una clausura de la etapa mexicana, sino su reinscripción en un nuevo ciclo en el que buena parte de lo elaborado durante el exilio sería ampliado y recontextualizado en clave nacional y regional, anticipando su posterior atención más cercana a los fenómenos culturales.

La experiencia mexicana no fue, para él, un paréntesis, ni una reclusa productiva: fue una plataforma, un lugar de elaboración teórica y empírica, un campo de batalla editorial, un espacio de vínculos afectivos e ideológicos. Cargaron sus baterías deseantes para el esfuerzo final de sus propósitos: volver y reinsertarse en la vida académica de la sociología argentina. Allí se abriría una nueva etapa, donde Margulis volvería a las aulas de la Universidad de Buenos Aires, con nuevas lecturas y herramientas, que enseñó y puso en práctica junto a otras nuevas generaciones, más distantes en edad de las que conoció previo al exilio, en las que se apoyó para desarrollar otra agenda, con otros problemas y urgencias que se le presentaban como significativos.

Margulis llega a la UBA en un momento de renovación institucional y disciplinaria. En esos años de recuperación de la democracia, a pedido de los distintos claustros, entre los que se destacó el movimiento estudiantil, fue nombrado como Delegado del Rectorado para normalizar la Carrera de Sociología, una carrera que había sido sistemáticamente atacada por la dictadura militar, empobrecida en sus contenidos, envejecida en sus enfoques, convertida en una auxiliar menor de la justicia penal. Había mucho que hacer para mejorar la institución y en esa tarea demostró su capacidad organizativa para proyectar una institución comprometida con la realidad histórica de su momento, plural en sus perspectivas, acorde con la actualidad de la disciplina. De ese trabajo, en el que se contrataron profesores, se llamó a concurso en diversas materias, se abrió la

participación de docentes de muy diversas orientaciones, también surgió el primer plan de estudios de la carrera en tiempos democráticos, un verdadero logro más allá de la conflictividad y las diferencias típicas de una disciplina como la sociología.

Esa impronta se vio reflejada en la segunda gran tarea institucional que le tocó llevar adelante: la dirección del proceso de creación de la Facultad de Ciencias Sociales, de la que fue Decano normalizador. La unión de carreras que se encontraban bajo dependencias distintas, fue una misión que entonces inició, y que hoy en día se sigue construyendo. Con el mismo espíritu de compromiso, pluralismo y rigor, cinco carreras independientes –Sociología, Trabajo Social, Ciencia Política, Relaciones del Trabajo y Ciencias de la Comunicación- se unieron en la Facultad más joven de la Universidad. Gracias a ese trabajo de organización de fuerzas colectivas y plurales se fundó una institución independiente, con voz propia, con un protagonismo en las agendas públicas de las corrientes populares y nacionales, con una participación bien definida en los grandes debates políticos, perfil que desde entonces nos identifica como institución. El impulso precursor de Mario Margulis sembró el terreno para expandir las ciencias sociales en la UBA, con su compromiso particular y su modo específico de construir y transmitir conocimiento.

Después de completar esa tarea fundante, en el año 1990 retoma el trabajo de la docencia, que había interrumpido desde su regreso cuatro años antes. La vuelta a las aulas se produjo en un momento histórico incomparable respecto a la experiencia de los años 70, previos a la dictadura. Era otro estudiantado, con otras urgencias, surgido de otras coordenadas sociopolíticas. En ese contexto retoma un proyecto que había dejado dormido en la Universidad de La Plata: construir un área de trabajo en torno a una sociología de la cultura. Para ello presenta por primera vez la nueva materia en la UBA, sin equipo de trabajo, al que iría articulando con estudiantes avanzados y graduados jóvenes. Así surgió como complemento de la materia, el seminario de investigación sobre cultura y ciudad, que corrió en paralelo con la materia, sostenido con la cursada de estudiantes comprometidos con el tema.

En esta experiencia Margulis va a cambiar diversos rubros respecto de su agenda y sus formas habituales de trabajo. La primera de ellas es temática. La investigación que se inicia en esos años se centra en la juventud, los usos de la ciudad, los territorios de los distintos grupos de afinidad, de las diversas clases sociales, especialmente enfocado en el tiempo libre y sus prácticas. De esa investigación, otro cambio importante, es la aproximación puramente etnográfica basada en el análisis en profundidad de casos seleccionados, y algo que de acá en más quedaría definido, es que el trabajo se hace en grupo, es decir colectivamente, con temas o espacios distribuidos, pero con un programa común. Así, Margulis asume un nuevo tema, pero más que nada, una nueva modalidad de trabajo, y desde entonces hará publicaciones grupales, algunas de las cuales lograron una amplia repercusión en el medio académico y en el público en general.

En estas investigaciones, sin embargo, había algo que provenía de los últimos años de México y que de aquí en más quedaría afianzado en sus búsquedas: el interés primordial por la cultura, básicamente entendida en una combinación de la corriente antropológica, la semiología -a la cual prestó creciente atención- y una rearticulación general del marxismo, al que fue alejando de su impronta económica más dura, para situarlo en la coordenada de los sistemas de significación.

De este trabajo, realizado entre 1991 y 1992, va a surgir *La cultura de la noche. La vida nocturna de los jóvenes en Buenos Aires*, publicado a principios de 1994, libro colectivo que tuvo un éxito

inmediato, reimpresso cinco veces en diez años, y que se convirtió en una referencia seminal para los estudios sobre juventud.

En su aproximación central, el libro aborda a la juventud como un “otro cercano”, es decir, como un actor, un grupo, una generación que convive con el nosotros pero que presenta rasgos de extrañeza que lo convierten en lejano. Sin embargo, ese otro es también parcialmente conocido, no como en el caso de la antropología, que investiga a otros culturalmente ajenos y distantes. En este trabajo vemos a un director de otra generación que lidera el trabajo de autoindagación que los jóvenes estudiantes y graduados hacen de su propia generación. Este procedimiento de extrañamiento, de sentido bajtiniano, promueve la indagación de lo familiar como si no lo fuera, permitiendo la distancia interpretativa.

No se trata ya de campesinos indígenas mexicanos, con otros idiomas, costumbres y dioses, sino de los propios hijos, por decirlo con una fórmula abreviada. Eso hijos viven en ámbitos comunes con los mayores, pero en las noches, lejos de las miradas controladoras de la sociedad, construyen espacios propios, de encuentro, de identificación, de inclusión. Para comprender esto, va a apelar a la noción de cultura, que reelabora de su experiencia mexicana. Cultura aparece entonces como “el conjunto de códigos de la significación históricamente construidos compartidos por un grupo social, que hacen posible la identificación, la comunicación y la interacción” (Margulis y otros, 1997: 13). En esta definición pone en juego tanto la herencia antropológica y su foco en las prácticas, las costumbres, los valores, las formas de interacción e identificación, como una clara influencia de la semiología y los estudios del lenguaje. En esa perspectiva, la noción de códigos excede lo estrictamente lingüístico e incluye las prácticas, el cuerpo, los modos en que se habita la ciudad, la proxemia, la comunicación no verbal. Con ello se abre el terreno para la recepción temprana de Bourdieu, con el pasaje de los códigos, al sentido práctico, el *habitus*, como mediadores de las prácticas, relacionando así lo estructural con lo subjetivo.

De este modo, su forma de pensar la cultura, desde una perspectiva sociosemiótica, buscaba a su vez hacer pie en la sociología de origen marxista, articulando lo estructural –los procesos sociales de base–, con aquello usualmente relegado como fenómenos secundarios o derivados –en esos términos, “lo ideológico”, las representaciones, la (falsa) conciencia. Margulis, con una vasta trayectoria que reconocía en el marco teórico del marxismo una gran parte de su modo de comprender el mundo, logró plasmar en este texto su mirada sobre la cultura como algo más que mero reflejo, pero sin perder de vista el peso de las condiciones estructurales sobre los fenómenos simbólicos. De ahí el recate de la idea de *habitus*, en su condición de estructura estructurada y estructurante, que le servía para dar cuenta de su modo de concebir los códigos culturales.

En cuanto a la influencia de la antropología en su propia perspectiva, esta no sólo se plasmó en su concepción de cultura, sino también en su énfasis en la necesidad de partir desde la perspectiva de los nativos. Si bien a lo largo de sus investigaciones utilizó tanto métodos cuantitativos como cualitativos, estos últimos tendieron a ser preferidos a la hora de definir la estrategia de recolección de datos. En ese sentido, Margulis, siguiendo a Geertz, consideraba esencial “conversar con” los actores que protagonizan la vida social para poder dar cuenta de los aspectos culturales. Ese diálogo, no siempre fluido, es el que establece el ruido sobre el que se asienta el esfuerzo de la interpretación. Con un “otro cercano” la extrañeza es menor, pero el ruido deja en claro que la experiencia no es igual en una o en otra generación, algo que va a comenzar a abrir la idea de la

multiplicidad, del pluralismo de la experiencia y de las distancias según la altura de la vida en la que se encuentra el sujeto. Lo que Margulis y su equipo indagan en ese momento permite repensar la época y la realidad social con otras herramientas.

Son otros los autores que comienzan a acompañar la mirada de Margulis. La construcción social del tiempo aparece central en su agenda, partiendo del tema de la nocturnidad como tiempo-otro, con la influencia de E. P. Thompson y su lectura histórica sobre las transformaciones en la percepción del tiempo, la de M. Berman, J. Baudrillard o D. Harvey, con sus aportes sobre la aceleración de la experiencia temporal en la modernidad capitalista tardía, y finalmente con los aportes decisivos de Virilio sobre la explosión del tiempo a partir de la torsión tecnológica y comunicativa de la posmodernidad. Esa explosión proveniente del proceso de globalización económica, comunicativa y financiera, plantea el espacio y el tiempo en una constante rearticulación, donde lo propio y lo ajeno, lo cercano y lo lejano, el “aquí” y el “ahora” se reformulan con vehemencia. La idea de Virilio de las diversas “generaciones de realidad” va a tener un efecto definitivo en Margulis y en los miembros del naciente equipo de investigación.

Con esta batería conceptual, Margulis inició un primer acercamiento a los jóvenes y su cultura. Nocturnidad, prácticas y consumos culturales, sociabilidad, usos del tiempo libre, fiesta, fueron los ángulos de entrada a los modos de diversión de los jóvenes de finales del siglo XX, y las formas de apropiación del tiempo. La juventud se presentaba como un fenómeno con múltiples aristas, por eso Margulis en ocasiones se refería a ella como “juventudes”.

Ahora bien, el desarrollo conceptual de la noción de juventud, iniciado de manera incipiente en aquella primera aproximación, sentó las bases del trabajo subsiguiente. En los años venideros, Margulis se dedicaría a desarrollar la noción de juventud de manera más sistemática en colaboración con Marcelo Urresti. Según esos planteos, más allá de que la evidencia simple y engañosa que puede tener la edad, normalmente presupuesta en los planteos demográficos y las clasificaciones estadísticas, la juventud es una categoría socialmente construida, atravesada por múltiples factores. En este marco, la noción de “moratoria social”, el segundo aporte de la sociología a la discusión, suma elementos ligados a la diferenciación social y geográfica: distintas sociedades, épocas y hasta sectores sociales establece distintos vectores de reconocimiento.

La moratoria social es el tiempo de espera o mora para asumir la adultez, algo distribuido de forma diferente en diversas sociedades o sectores de una misma formación. El problema que esto trae es que la juventud es un tipo de experiencia que garantizan las sociedades opulentas o las clases privilegiadas en general, sin que sociológicamente hablando se registre en los sectores populares. Para evitar este inconveniente es que se propone la idea de una moratoria vital, desde entonces vigente en los debates teóricos sobre el tema en las ciencias sociales.

La moratoria vital permite relacionar la noción de juventud con la de generación y así recuperar la realidad material de la edad, pero no considerada como una cuestión biológica o estadística, sino como una cronología: la edad procesada por la cultura y la historia. En este marco, la condición de joven indica una pertenencia generacional que, a su vez, se procesa en el marco de distintas instituciones o sectores sociales. Esa pertenencia es una facticidad, una experiencia de la temporalidad misma, una noción con reverberaciones filosóficas heideggerianas que se incorpora a la discusión sociológica. Los jóvenes disponen de una moratoria vital, consistente en un capital temporal acumulado, un excedente temporal, un plus de tiempo, un crédito a favor, mayor del que disponen las generaciones mayores y eso con independencia de la clase social que puede acortarla

prematuramente o no. A medida que la vida avanza, ese crédito se va reduciendo y las posibilidades y jugadas abiertas hacia el futuro, numerosas durante la etapa de juventud, van disminuyendo también.

Esta noción es desarrollada en profundidad en otro libro del momento, que continuó el proyecto de *La cultura de la noche* y que se publicó dos años después, en 1996, la otra obra colectiva cuyo título *La juventud es más que una palabra*, discutió aspectos diversos de teoría social y presentó nuevos casos empíricos para apoyar la idea de la diversidad de la experiencia temporal. El título hace referencia directa a un artículo de Bourdieu famoso por entonces, en el que se afirmaba que la juventud sólo remitía a una palabra, era puro signo, una simple clasificación vinculada con intereses y prácticas fugitivas, El diálogo crítico con el planteo constructivista fue una de las primeras críticas registradas en ese terreno, lo que acompañó la idea emergente de un proceso de “juvenilización”, típico del capitalismo tardío, síntesis de la cultura de la imagen y de la exaltación de la juventud y sus signos. Con este planteo Margulis y su equipo se encontraba en el ámbito de una nueva agenda crítica, esta vez centrada en la producción de los imaginarios y la subjetividad a través del consumo, la moda, la publicidad y el marketing, terrenos en los que sitúa la producción renovada de la hegemonía.

4. La década neoliberal, la globalización y los cambios en la cultura

En paralelo con las investigaciones sobre juventud y el desarrollo del área de sociología de la cultura, se producen cambios económicos, políticos y comunicativos que conmoverán las estructuras del país, rearticularán los procesos de dominación social y política y darán origen a una nueva serie de figuras discursivas, ideológicas y propagandísticas orientadas a interpretar la realidad inmediata y, en los casos más radicales, a justificarla dentro de la lógica de lo que se conoció como “camino único”. Es el momento de esplendor del menemismo, de la convertibilidad peso dólar, de la apertura de la economía, de las relaciones de seguimiento de la política exterior de los Estados Unidos, de una extensión acelerada de los valores del consumismo en un mundo atravesado por la experiencia reciente de la caída del Muro de Berlín y de una rearticulación vertiginosa de relaciones internacionales que dejaba atrás la guerra fría y los dos grandes polos de poder en competencia. Entre las muchas formas en que esta nueva condición se presentó, la idea de la globalización tomó un importante relieve. Frente a ello, Margulis intervino en distintas ocasiones en contra de esos planteos a los que entendió como una propaganda soterrada del sistema.

En varios textos de la época dejó en claro su oposición con indicaciones explícitas. No es casual que, por ejemplo, en el artículo “*Globalización e Ideología*” elija finalizar su intervención con una invocación de los *Grundrisse*. No se pueden entender las manifestaciones de las ideas y de las representaciones sobre el mundo de esos procesos que se incluyen como globalización sin remitirlas a las transformaciones de los patrones de acumulación, del aparato productivo, de la propiedad y la concentración de los grandes medios de producción, de la legislación laboral que lo favorece o de los flujos migratorios que incita. Con lo cual no se pueden aislar los fenómenos de la cultura respecto del entramado económico, tecnológico y logístico en que emergen.

Desde muy temprano Margulis entendió –y en esa línea formó a sus equipos- que la sociedad debe entenderse problematizando economía, política y cultura en articulación. Pueden distinguirse analíticamente, pero no pueden separarse en la realidad, porque componen una unidad compleja

donde las condiciones de producción y reproducción actúan en conjunto. En el caso de los nuevos procesos sociales, la globalización de la economía y la llamada mundialización de la cultura, son fenómenos que despertaron la atención de Margulis casi en el mismo momento en que se producían y sus resultados inmediatos se publicaban en otras geografías. Los escritos de circunstancias que dedica a estos temas son tres: “Nuevos procesos culturales” de 1992, “Globalización y cultura” de 1996 y en “Globalización e ideología” de 1997 tres artículos originales que publicará también en otras ocasiones más adelante con algunas reformas menores.

La caída de la URSS y del bloque socialista y, como contracara necesaria, la consolidación del capitalismo neoliberal, colocaron la idea de la globalización como un nuevo régimen internacional que se presentaba como un proceso inevitable, integral y sin variantes en materia de geografías. En América Latina, y en nuestro país específicamente, se llevaron a cabo procesos de privatización, concentración y centralización de compañías, compra de empresas locales por fondos de inversión globales o bien por multinacionales europeas y norteamericanas, desregulación económica y reformas estructurales implementadas bajo la supervisión de organismos internacionales como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. Todo ello se justificaba apelando a ese proceso de camino único e inevitable que se definía como globalización.

En este marco, Margulis fija una mirada crítica frente al conjunto de procesos de transformación y, especialmente, frente a los discursos que circularon con fuerza y afán naturalizante, orientados a fomentar la hegemonía neoliberal. En diversos artículos, hizo énfasis en la dimensión económica del proceso, en la intención hegemónica de las versiones consagradas y en las torsiones retóricas, a veces caprichosas, de los discursos legitimadores circulantes tanto en la política, como en el periodismo de opinión, y hasta incluso en el ámbito académico.

“Nuevos Procesos Culturales”, aparece en una publicación de la Carrera de Sociología del año 1992. Se centra en la emergencia de la denominada posmodernidad o sobremodernidad y la analiza en diversos niveles. En la senda de Gilles Lipovetsky, enfoca la emergencia de una nueva estructura de valores, donde se registra la caída de los mandatos morales tradicionales, que liberan a los sujetos y los entregan a una suerte de exaltación del individualismo. En un momento en que los cambios tecnológicos y comunicativos fragmentan la unidad de la experiencia, se suceden los “simulacros” que suplantán la realidad. Así Margulis, siguiendo al Baudrillard que reflexiona sobre el carácter casi ficticio de la Guerra del Golfo, plantea lo que aparece como un antecedente lejano de la actual problemática de las *fake news*: allí, la “pantalla chica” de la TV, la reina cultural de la década, funciona como un verdadero aleph que “escupe simulacros de realidad”. Con ello muestra el rol propagandístico que desarrolla frente a los cambios políticos del momento. En ese entonces es una novedad que va a instalarse y naturalizarse: los medios concentrados –y privados– son grandes empresas con intereses claros en la condición neoliberal del momento y proceden como actores comprometidos con su dinámica.

En otros dos artículos “Globalización y cultura” de 1996 y en “Globalización e ideología” de 1997, Margulis articula esas temáticas entendiendo la dinámica global desde una perspectiva cultural, donde la relaciona con las operaciones discursivas de producción de sentido. La globalización aparece entonces como un fenómeno ideológico, una suerte de *neolengua*, con pretensiones asépticas, que oculta su carácter celebratorio. Así, los actores protagónicos de las grandes transformaciones económicas producen una discursividad social “cargada” de ideología, con *marcas* que funcionan como *buellas* del poder y curvan la significación. Estas categorías de

neolengua dialogan con la teoría de Verón, para quien todo discurso tiene una dimensión ideológica, en las huellas que deja el poder y los efectos de sentido que produce. Margulis, que también se apoya en Voloshinov, entiende la globalización como una *heteroglosia*, que superpone lenguajes y códigos de diverso origen, lo que deja un lugar abierto para la resistencia en el interior de lo que los dominantes presentan como procesos monolíticos de homogeneización cultural. Si bien se trata de un ideario colonizador, tiene resquicios por los que se cuelan diversas resistencias.

5. Neoliberalismo, exclusión y discriminación

Los años noventa, fueron un terreno de gran productividad para Margulis y su equipo. Por fuera de la investigación colectiva en temas de juventud y su trabajo solitario respecto de la globalización, comenzó a gestarse una idea que ya asomaba en la noche juvenil: los procesos de discriminación social de parte de los sectores medios y altos sobre los sectores populares, un tema antiguo de las relaciones conflictivas en el seno de la ciudad. En efecto, la exclusión económica que se profundizaba en la década neoliberal encontraba su correlato en la noche juvenil con una ciudad territorializada en la que se definían cuasi ghettos por donde deambulaban unas y otras clases casi sin contacto entre sí, con los prejuicios discriminatorios que se manifestaban entre los sectores altos y medios altos y que redoblaban esa segregación espacial.

Este tema, por otra parte, ya contaba con antecedentes en la obra de Margulis, especialmente en *Migración y marginalidad*, donde ya se analizaba el rol de los prejuicios y la discriminación como auxiliares de la exclusión económica. Como allí se indicaba, los migrantes marginales eran objeto de discriminación por parte de los sectores medios establecidos que los señalaban por sus características físicas. Así, los ya mencionados “cabecitas negras” cargaban con una doble exclusión: además de la económica, sufrían la simbólica, que funcionaba como un justificativo de la primera.

Tres décadas después, en el contexto de nuevos procesos de exclusión social, con un desempleo que crecía, una merma importante en los ingresos de los trabajadores, una precarización general del empleo y de las condiciones de trabajo, el fantasma de los migrantes internos, los inmigrantes de países limítrofes, se agitaba como responsable por las pérdidas que afectaban al conjunto. Un nuevo momento favorable al racismo y la discriminación avanzaba en todo el mundo y nuestro país no era una excepción. Al racismo tradicional enfocado contra los cabecitas negras, se sumaban campañas periodísticas xenófobas que culpaban a los inmigrantes, a los marginales y los pobres de las miserias del neoliberalismo.

Para ese tema entonces de gran actualidad, se inició un nuevo proyecto colectivo de investigación que tuvo por objeto la discriminación social en la ciudad de Buenos Aires. Este trabajo realizado con técnicas mixtas que incluían etnografía, trabajo de campo con observación participante, fuentes documentales, datos secundarios, entrevistas en profundidad y una encuesta con preguntas cerradas y abiertas, produjo una abundante masa de datos diversos sobre los que se escribió un libro colectivo que apareció en el año 1999 bajo el título *La segregación negada. Cultura y discriminación social en la ciudad de Buenos Aires*. Este libro tuvo una amplia repercusión de público y recibió premios en distintas ocasiones como mejor proyecto de investigación, UBA-Expocyt 1995, y como mejor libro de sociología en la Feria del libro del año 2000.

En este libro se plantea un análisis sistemático de un aspecto incómodo de la sociedad argentina: su distribuido carácter excluyente, discriminador y en ocasiones incluso racista. El mito de la sociedad crisol de razas muestra aquí su falsedad y encubrimiento ideológico. En la otra cara, la sociedad argentina, en especial en sus clases medias y altas urbanas, se presenta excluyente y emética, rechazando a los migrantes mestizos de las provincias del interior lejano al litoral y en especial a los inmigrantes de países vecinos, chilenos, paraguayos y bolivianos, visibles en las grandes ciudades por su importante número. Aunque a primera vista son pocos los que se expresan abiertamente como discriminadores, cuando se establecen las causas de los malestares sociales, en ese momento, el desempleo, los ingresos menguantes, la inseguridad y la violencia urbana, se colocan como foco de esas desgracias a los inmigrantes y en términos más concretos a “los negros”, a “los cabezas”, a los “chilotes”, los “paraguas” y los “bolitas”. Es decir que de forma secundaria y encubierta aparecen esas figuras de la otredad como responsables de las dificultades del conjunto, chivos emisarios en los que se deposita la culpa de los males.

Esa discriminación se manifiesta como violencia, física y simbólica. Se redirecciona con ella la violencia estructural típica de una sociedad de clases excluyente que mientras goza de un bienestar ampliado y una cierta distribución económica se adormece, pero cuando entra en crisis o en momentos de ajuste amplifica su agresividad, en general sobre los más débiles. La vulnerabilidad que afecta a los sectores medios busca chivos emisarios más abajo y se focaliza en los más desafortunados, en los recién llegados, en los extranjeros que asumen las peores tareas, en los pobres, que pasan a ser vistos como sospechosos, amenazantes, cuando son las víctimas señaladas de la economía restrictiva.

Esta violencia tiene raíces históricas de larga data que se pueden encontrar en el tiempo de la colonia, con la estructuración de la sociedad de castas, un andamiaje jurídico y político con el que se establecieron las bases de la discriminación. Según el derecho de indias hispánico, las familias que componían la sociedad colonial, tenían los derechos que se unían a sus linajes. Así los negros africanos ocupaban el último escalón que los conducían a la esclavitud; los indios, en reservaciones o encomiendas eran la mano de obra servil o semiesclava en los hechos de las minas, las haciendas y las plantaciones, mientras que los blancos eran los propietarios, los administradores y los comerciantes que ocupaban los peldaños más altos en esa gradación. Las mezclas de familias, solo podían degradar a los hijos que provenían de ellas, perdiendo derechos o privilegios según el estamento.

Esa sociedad tradicional se transforma poco con la independencia y el proceso de modernización de las relaciones económicas en la región. Como dice la tesis de Margulis en este texto, las relaciones capitalistas de producción, allí donde florecen, repositionan las castas coloniales como clases modernas, con una clara prevalencia de blancos en las clases altas y propietarias, y un evidente oscurecimiento de la piel a medida que se desciende en la jerarquía social. Una sociedad donde la proveniencia migratoria o etno-racial va a notarse en las clases sociales “castificadas” o “racializadas”. En resumen: tener rasgos blancos europeos es indicación indirecta de clase alta y prejuicios positivos a favor, mientras que tener rasgos mestizos, indígenas o africanos orienta hacia clases bajas, marginales y pobres con prejuicios negativos en contra.

La discriminación en este terreno es un auxiliar de la pobreza pues dirige un tipo de segregación segunda que reafirma a la primera e impide salir de situaciones negativas porque aumenta las barreras, pone fronteras simbólicas, estigmatiza, naturaliza el rechazo, dificulta y desalienta a los

sujetos ante las escasas posibilidades de ascenso social que se pueden presentar. No sucede lo mismo con el que cuenta con rasgos legítimos definidos por el racismo imperante: quien los tenga, al menos jugará con el prejuicio positivo del sistema pictocrático que lo favorece al no generar un rechazo preventivo, como sucede en el caso de los otros.

Este libro, que se basó en los aportes de un equipo ya entrenado en la investigación de campo, tuvo también sus reediciones y fue elegido en el año 2012 para formar parte de las bibliotecas del Ministerio de Educación de la Nación con una muy amplia edición que lo distribuyó por todo el país. Sin dudas ese fue un logro también político que de algún modo revirtió la indiferencia que durante los últimos años de la década del noventa tuvo el libro entre las autoridades y los cuadros técnicos del Instituto Nacional contra la Discriminación, dedicado por entonces a otros temas.

6. Jóvenes, amor, sexualidad y familia

Ya entrados en el nuevo siglo y después del largo período de trabajo con los temas de discriminación y prejuicios racistas, Margulis propuso un viraje que retomara la agenda de investigación sobre juventud, en este caso, centrando la atención en las formas de construcción de las relaciones afectivas, el amor y la sexualidad, y la formación de familias. Todos estos temas se van a investigar sobre la base de una diferenciación de sectores sociales, separados analíticamente por la hipótesis fuerte de que ni las parejas, ni las edades de formación, ni la filiación o la formación definitiva de familias obedece a los mismos patrones cuando se observan en las clases medias y altas de la ciudad de Buenos Aires, o cuando se lo hace en los sectores populares, medios bajos y bajos de los barrios periféricos de la ciudad.

Con este viraje, el equipo vuelve de algún modo al tipo de investigación que dio origen a los libros sobre jóvenes, *La cultura de la noche* de 1994 y *La juventud es más que una palabra* de 1996, donde se pueden observar anticipaciones de la problemática, pues los lugares de encuentro son también espacios en los que se produce el acercamiento y el cortejo. En este caso, se suman dos nuevos libros que llevaron por título *Juventud, cultura y sexualidad*, de 2003 y *Familia, hábitat y sexualidad*, de 2007, en el que se completa la etapa de investigación sobre el nuevo tema. Ambos libros son producto de investigaciones colectivas que igual que las previas, parten de un trabajo con técnicas cuali-cuantitativas que combinan etnografía, datos secundarios, entrevistas en profundidad y encuestas, esto último en el primero de los estudios.

En estas producciones Margulis se abocó, junto con el equipo, al estudio de la dimensión cultural del sexo y la afectividad entre los jóvenes. La primera investigación se realizó entre 1999 y 2002, y se orientó a relevar e interpretar los intercambios simbólicos de los jóvenes respecto del afecto, el sexo y el amor. El interés radicó fundamentalmente en comprender la vigencia de las pautas culturales, los valores, códigos y mandatos tradicionales en lo que se entendía como un momento de grandes cambios, haciendo un trabajo de interpretación comparativa entre jóvenes de diferentes sectores urbanos. En este campo entraban desde las relaciones ocasionales hasta constitución de parejas estables, pasando por la búsqueda de afecto, compañía, o los imaginarios respecto de la convivencia.

Algunos de los hallazgos resaltan los cambios, especialmente entre los sectores medios, de las pautas referidas al matrimonio, y las extendidas uniones informales, que ganaban terreno, con sus

vínculos más efímeros, el fin del mandato “para toda la vida”, o con menos compromisos respecto de los hijos o la formalidad de la pareja. Otro elemento de interés se centró en los nuevos valores, más individualistas respecto a la pareja o la convivencia, donde cuestiones como la maternidad para las mujeres o la paternidad para los varones pasan a un segundo plano respecto de otras preferencias. Eso que pudo ser controversial en generaciones anteriores adquiriría amplia vigencia.

No sucedía lo mismo en los sectores populares, donde la investigación detectaba una aceptación mayor de los valores de género tradicionales. Así, cuestiones como la reproducción, la sexualidad o la salud reproductiva entraban dentro de cánones de inspiración religiosa tradicional, con parejas formadas e hijos a edades más tempranas. Esto último adquiriría un valor heurístico especial al comprobar como una de las entradas en las responsabilidades de la vida adulta, eso que comprendía la moratoria social, se presentaba a edades más tempranas, mientras que en los sectores medios y altos tendía a irse hacia edades mayores, coincidiendo con la extensión del proceso de juvenilización.

Así, el interés de Margulis por la juventud muestra además de la preocupación conceptual o analítica, su inclusión en hipótesis interpretativas que permitan comprender casos empíricos. De modo similar a los textos sobre juventud de los primeros noventa, el equipo de investigación era al mismo tiempo sujeto y objeto de la investigación. Las personas jóvenes le importaban también como proyectos de vida en una sociedad que no siempre les habilitaba canales de inclusión claros. Comprender la experiencia juvenil implicaba entender, interpretar, traducir. Otra vez la otredad cercana se convertía en tema de indagación.

Estos dos libros fueron una puerta de entrada para una nueva generación de investigadores que hicieron sus primeras experiencias, sus primeros textos y publicaciones, porque no todo lo que se investiga se escribe ni todo lo que se escribe se publica. Con generosidad se trabajó en el progreso de los nuevos graduados y se les impulsó en sus carreras. Ambos libros fueron una suerte de puente generacional, donde además de Margulis y la primera generación de los noventa, se sumaba la del nuevo siglo. Uno de los aportes que más se notó en estos libros fue la perspectiva de género, con especial atención a las mujeres, tema que había estado ausente o soslayado en las investigaciones anteriores. Esto provino fundamentalmente de las graduadas, que sumaron su aporte novedoso.

Así que el género se convierte en un eje de importancia pues revela posicionamientos subjetivos muy distintos al tratarse de varones o de mujeres, dimensión que enriquece las perspectivas cuando se refiere a un horizonte de clases sociales diversas, donde esas inclinaciones también cambian de modo significativo. Ni el género, ni la sexualidad, ni el afecto se definen del mismo modo.

Los nuevos modelos de mujer o las nuevas formas de entender y procesar la masculinidad, modifican algunas de las conductas aprendidas vinculadas con la construcción del afecto, las parejas, la convivencia. En las nuevas generaciones, en especial en sectores medios, tanto varones como mujeres se socializan incorporando los valores afectivos de su propia generación, lejanos de las antiguas restricciones de otras épocas. Sin embargo, esa transformación no implica supresión completa, sino transformación y conflicto, desorientación y reflujos.

El trabajo sociológico desarrollado durante esos años por Margulis y su equipo contribuyó a la comprensión de aspectos propios de los rituales juveniles de principios del siglo XXI como los ámbitos de encuentro, los canales de acercamiento y seducción, las actitudes frente al cuerpo, los modelos de belleza, los permisos y restricciones en la sexualidad, la salud reproductiva y los hábitos de anticoncepción, los rituales de alianza, la formación de familias, las nuevas formas de

convivencia y de conflictividad, así como los ámbitos de decisión en las parejas, la gestión de los embarazos y las representaciones acerca de los hijos. Hay que destacar el estudio de modalidades emergentes de encuentro y vínculos afectivos a partir de las tecnologías digitales de comunicación, en ese entonces novedosas y sin cobertura, al menos en este terreno.

Otro de los aspectos que toman relieve en ambos libros es el del cuerpo y sus significados según el género y la clase social. Ese cuerpo que puede ser recurso, fuerza de trabajo, destino, oportunidad o condena es central para comprender las estrategias y tácticas de reproducción que se corresponden con los diversos sectores sociales. Mientras que el cuerpo se vive como proyecto y planificación en los sectores medios, en los sectores populares suele asumirse como dato y destino. Esto afecta lo que Margulis denominó “cultura de la filiación”, en la que se incluye los procesos de construcción de familias, las decisiones para gestar los hijos, las corrientes afectivas que atraviesan la relación entre las generaciones y el tipo de crianza con que se prepara a esos hijos para la vida.

En suma, ambas publicaciones fueron el resultado de un Margulis maduro, afianzado en su rol como docente e investigador que, lejos de pensar en la jubilación (aunque en los papeles ya estuviera jubilado) impulsaba la investigación, formaba a nuevas generaciones y confiaba en la capacidad de los jóvenes que tenía bajo su dirección.

7. Un legado. Sociología de la cultura.

A lo largo de sus investigaciones, Margulis supo articular las herramientas del análisis estructural con una mirada etnográfica sensible a los diversos objetos que estudió en toda su larga vida académica. Desde las migraciones, la marginalidad, la economía agraria, la situación de las comunidades indígenas, las culturas juveniles, las generaciones, la discriminación social, los procesos de globalización, la sexualidad, la intimidad, el cuerpo, todo ha constituido un vasto terreno en el que aplicó categorías y conceptos con el fin de comprender y explicar la sociedad y sus diversas manifestaciones desde distintas dimensiones, económicas, políticas o culturales. A lo largo de ese tiempo va adquiriendo nuevos enfoques y desarrollando perspectivas propias, desde un funcionalismo crítico en sus orígenes, pasando por un marxismo no dogmático luego, desembocando en una perspectiva socioantropológica de raíz semiótica sobre la cultura. Podría decirse que su orientación final se dirige hacia la construcción de ese campo de problemas que es la sociología de la cultura.

Ese proyecto se manifiesta en un libro que recoge buena parte de esa evolución y que fue elaborado por Margulis durante 2007 y 2008, donde compila lo que consideró sus aportes más valiosos en relación con ese proyecto. El libro llevó por título *Sociología de la cultura. Conceptos y problemas*, y fue publicado por Biblos en el año 2009. En los diversos capítulos de este libro pueden verse los temas que Margulis resaltó en el proyecto de la segunda parte de su vida, que es la que se inicia con la vuelta de México. Allí vuelve a tener importancia el trabajo sobre las unidades domésticas y la reproducción social de los sectores populares, que acompaña a otros textos centrados en otras problemáticas como la juventud y la adolescencia, la ciudad y sus signos, una reelaboración en clave espacial de los territorios de la cultura de la noche, y un texto sobre la

globalización que decidió reeditar con este volumen. En todos estos rescates se ve la necesidad de fijar un corpus de temas empíricos investigados y discutidos.

Completan el panorama dos capítulos no publicados en libros, uno de ellos de carácter conceptual sobre fetichismo e ideología, que retoma la discusión materialista sobre la cultura y un capítulo general introductorio sobre la noción de cultura, que encabeza el libro y busca aclarar casi con fines pedagógicos como entender la cultura desde el punto de vista de un enfoque al mismo tiempo sociológico e interdisciplinario. Este último texto es inédito y tiene por fin encuadrar y guionar las discusiones posteriores en las que los objetos empíricos elegidos como problema, no tocan el concepto. Este libro es un legado, no tanto porque sea el último personal de la cosecha de Margulis, sino porque recorre y recupera una trayectoria y una búsqueda. En este primer capítulo se pueden apreciar los aportes que en distintos momentos precedieron a libros e investigaciones anteriores, ordenados y articulados en una perspectiva singular. Allí se ordenan las ideas sobre la dimensión significativa de la realidad social, la relación entre códigos y prácticas, entre procesos de significación y subjetivación, entre los signos y la dominación, el sentido y la producción del tiempo y del espacio como variables subordinadas.

Sin dudas, en este libro Margulis deja su legado: un conjunto de problemas para seguir investigando, un arcón con reflexiones de diverso tipo para continuar interrogando, una caja de herramientas generosa y provista de la cual se puede echar mano para mejorar análisis y pulir perspectivas. Ese legado, sin embargo, no se presenta como acabado o cerrado. Es una propuesta para tomar y seguir, para aprovechar y acrecentar, para aplicar y rearticular, una muestra de pensamiento en tránsito, orientado a aquellos que busquen comprender críticamente a las sociedades contemporáneas desde una perspectiva sociocultural, a la luz de un enfoque comprometido y emancipador.

Referencias:

- Bajtín, M. (1982). *Estética de la creación verbal*. Siglo XXI Editores.
- Bajtín, M. (1989). *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento: el contexto de François Rabelais*. Alianza.
- Baudrillard, J. (1987). *Cultura y simulacro*. Kairos.
- Baudrillard, J. (1991). *La guerra del Golfo no ha tenido lugar*. Anagrama.
- Berman, M. (1988). *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. Siglo XXI Editores.
- Bourdieu, P. (1988). *Cosas dichas*. Gedisa.
- Bourdieu, P. (1990). *Sociología y cultura*. Grijalbo.
- Bourdieu, P. (1991). *El sentido práctico*. Taurus.
- Castells, M. (1974). *La cuestión urbana*. Siglo XXI Editores.
- Davis, M. (2006). *Planet of slums*. Verso.
- Dostaler, G. (1980). *Valor y precio. Historia de un debate*. Terra Nova.
- Geertz, C. (1987). *La interpretación de las culturas*. Gedisa.
- Geertz, C. (1994). *Conocimiento local*. Paidós.
- Harvey, D. (1998). *La condición de la posmodernidad*. Amorrortu.
- Lipovetsky, G. (1986). *La era del vacío*. Anagrama.
- Lipovetsky, G. (1994). *El crepúsculo del deber*. Anagrama.

- Margulis, M. (1968). *Migración y marginalidad en la sociedad argentina*. Paidós.
- Margulis, M. (1979). *Contradicciones en la estructura agraria y transferencias de valor*. El Colegio de México.
- Margulis, M. y Tuirán, R. (1986). *Desarrollo y población en la frontera norte: el caso de Reynosa*. El Colegio de México.
- Margulis, M. (1988). Cultura y reproducción social en México. En *Cuaderno n.º 5* (pp. 7–52). Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Margulis, M. (1994). *La cultura de la noche. La vida nocturna de los jóvenes en Buenos Aires*. Espasa.
- Margulis, M. (Ed.). (1996). *La juventud es más que una palabra*. Biblos.
- Margulis, M. (1996). Globalización y cultura. *Sociedad*, 9, 5–17.
- Margulis, M. y Urresti, M. (1997). *La cultura en la Argentina de fin de siglo. Ensayos sobre la dimensión cultural*. CBC/UBA.
- Margulis, M. (1997). Globalización e ideología. *El Ojo Furioso*, 6, 75–85.
- Margulis, M. (1997). Cultura y discriminación social en la época de la globalización. En R. Bayardo y M. Lacarrie, (Eds.), *Globalización e identidad cultural* (pp. 37-52). Ciccus.
- Margulis, M. y Urresti, M. (1998). Buenos Aires y los jóvenes: las tribus urbanas. *Estudios Sociológicos*, 16(46), 25–35.
- Margulis, M. y Cubides, C. H. (1998). *Viviendo a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Fundación Universidad Central, Siglo del Hombre Editores.
- Margulis, M. y Urresti, M. (1999). *La segregación negada*. Biblos.
- Margulis, M. (2003). *Juventud, cultura y sexualidad*. Biblos.
- Margulis, M., Urresti, M. y Lewin, H. (2007). *Familia, hábitat y sexualidad*. Biblos.
- Margulis, M. (2009). *Sociología de la cultura. Conceptos y problemas*. Biblos.
- Margulis, M., Urresti, M. y Lewin, H., (2014). *Intervenir en la cultura. Más allá de las políticas culturales*. Biblos.
- Margulis, M., Urresti, M. y Lewin, H. (2017). *Las tramas del presente*. Biblos.
- Martín-Barbero, J. (1985). *De los medios a las mediaciones*. Ediciones G. Gilli.
- Marx, K. (1977). *El capital. Contribución a la crítica de la economía política*. Siglo XXI Editores.
- Marx, K. (1980). *Capital y tecnología. Manuscritos inéditos (1861–1863)*. Terra Nova.
- Perlman, J. (2004). Marginality: From myth to reality in the favelas of Rio de Janeiro, 1969–2002. En A. Roy y N. Alsayyad (Eds.), *Urban informality: Transnational perspectives from the Middle East, Latin America, and South Asia* (pp. 105–146). Lexington Books.
- Roy, A. (2009). Why India cannot plan its cities: Informality, insurgence and the idiom of urbanization. *Planning Theory*, 8(1), 76–87.
- Thompson, E. (1984). *Tiempo, disciplina de trabajo y capitalismo industrial. Tradición revuelta y conciencia de clase*. Crítica.
- Verón, E. (1986). *La semiosis social*. Gedisa.
- Virilio, P. (1988). Velocidad y fragmentación de las imágenes. *Farenheit 450*, (4), 42-47.
- Virilio, P. (1988). *Estética de la desaparición*. Anagrama.
- Voloshinov, V. (1982). *El marxismo y la filosofía del lenguaje*. Alianza.
- Ziccardi, A. (2011). *Pobreza, desigualdad social y ciudadanía: Los límites de las políticas sociales en América Latina*. Siglo XXI Editores.